

lo incomprensible, pues admite lo ininteligible. ¿Qué se pretende con esto? ¿acaso que no se entienden las proposiciones que constituyen los primeros principios de la razón católica? Pero es imposible que haya nada ininteligible para el hombre cuando se designa una cosa. Cuando yo digo: Dios es uno en tres personas; esta proposición, verdadera ó falsa, es inteligible á mi oído interior. Cuando digo: Dios es cruel; emito una proposición falsa, pero no ininteligible; y tanto no es ininteligible, que yo la rechazaría por una razón muy sencilla: yo opondría la idea de crueldad á la idea de Dios, y demostraría que estas dos ideas se excluyen mutuamente. Ahora bien, todo está designado en la religión católica, luego todo es inteligible.

Fuerza es que nuestros adversarios abandonen estas dos posiciones de la incomprensibilidad y de la ininteligibilidad, y que tomando nuestros dogmas separadamente, prueben de cada uno en particular que es contradictorio á la razón humana. Así lo hacen; pero ¿salen airoso? De seguro, si hay un dogma atacable al parecer bajo este aspecto, es el dogma de la Santísima Trinidad, de Dios trino y uno; porque ¿cómo se hallan reunidas la unidad y la triplicidad en un solo ser para componer su esencia? Detengámonos un poco. Extiendo mi mano en el espacio: ¿qué es el espacio? El espacio es una unidad de extensión constituida por tres dimensiones realmente distintas entre sí, la longitud, la latitud y la profundidad. Ved aquí, pues, definido el espacio de un modo análogo á la definición misma de Dios, y que nosotros no podemos concebir de otra manera que por la reunión de las ideas de unidad y de triplicidad. Y nosotros no conocemos un ser que no se halle constituido por la unidad, que es su centro vital, y por la multiplicidad, que es su movimiento de va y viene, de modo que atacar la noción de la Trinidad, es atacar la noción misma de la vida en su esencia. ¿No estoy yo vivo? ¿No conocéis que hay unidad en mí como en vosotros? ¿No conocéis al mismo tiempo la multiplicidad, los nervios, las venas, la mano que palpita y que anhela asir? Quitad la multiplicidad, quitaréis el movimiento y no hay más vida; quitad la unidad, quitais el resorte de donde procede el movimiento, y la vida se desvanece igualmente.

Ved aquí á pesar de eso vuestras objeciones, lo que oponéis hace diez y ocho siglos á la verdad, y todas, sabedlo, todas se resuelven con esa deplorable facilidad. La llamo deplorable, porque es vergonzoso para el espíritu humano atacar á Dios de ese modo, y resistir á Jesucristo, á su Evangelio y á su Iglesia con tamañas imbecilidades. Bien conocéis, Señores, que no trato de pasar revista á

todos nuestros dogmas: solo he querido demostraros cómo se hace la guerra entre la razón humana y la razón católica bajo este primer punto de vista. Paso á la separación que se dice existe entre las dos razones.

Aquí la táctica es más hábil: ved cómo se entiende la separación de la razón humana y de la razón católica: voy á facilitaros la fórmula. En el último siglo escribía un sabio una historia de la formación del globo; el sol, decía, despidió un día, no sé por qué fuerza, una porción de su materia que fué asida por otras fuerzas. Al enfriarse esta materia ígnea, se convirtió en la tierra. Es verdad que Moisés refiere de otro modo la formación del globo: nosotros no atacaremos su relato. La revelación es sagrada, pero la ciencia tiene su dominio separado; son dos luces que deben respetarse circunscribiéndose á sus límites cada una de ellas.

Un médico decía: Estudiamos la anatomía del cuerpo humano; examinamos cómo procede la vida, el punto central donde comienza, y de donde se esparce; no hemos encontrado el sitio del alma, ni hemos reconocido su necesidad. La religión afirma su existencia, y esto basta; ella es de un orden sagrado; lo que nosotros decimos es de un orden profano; no se puede dañar á lo que está colocado á tanta altura.

Así se procedía, no diré con hipocresía, sino con habilidad á la separación de la razón humana y de la razón católica. ¿Y cuál era el objeto final de esta táctica tan respetuosa? Federico II, rey de Prusia, lo confiaba un día á sus amigos con felicidad de expresión: «¿Sabeis lo que conviene hacer para acabar con la Iglesia católica? Conviene hacer de ella un buho...» Ya conocéis, Señores, esa ave solitaria y triste que se mantiene en un rincón con aspecto ceñudo.

Hé aquí el secreto: aislarnos de todo, de la política, de la moral, del sentimiento, de la ciencia; suspendernos entre el cielo y la tierra, sin ninguna especie de punto de apoyo, para decirnos con una rodilla en tierra: Vosotros teneis un Dios; ¿qué falta os hace lo demás?

Nosotros no aceptamos situación semejante; nos adherimos á todo, porque emanamos de Dios, que está en todo; nada nos es extraño, porque Dios no es extraño en ninguna parte. Oid al Evangelio apoyándose en el corazón del hombre: *De tal manera amó Dios al mundo, que dió por él su Hijo unigénito* (1). Y oid á Bos-

(1) S. Juan, cap. 3, vers. 16.

suet cómo os facilita el comentario: Ahora que se me oponga todo lo que se quiera.... (yo cito de esta memoria, que los grandes hombres crean siempre en el espíritu, aun cuando el bronce de su palabra no se grave allí). Cuando me objetarais que es imposible que un Dios se haya hecho hombre, porque vosotros no sois nada y Dios lo es todo, yo exclamaría: ¡ Amó Dios tanto al mundo! Si me deéis que es absurdo que Dios haya sido crucificado, yo os diré: ¡ Amó Dios tanto al mundo! Y en efecto, si nosotros simples mortales podemos dar nuestra vida por aquello que amamos, cómo Dios, que es el principio del amor, no habrá podido hacerse hombre á fin de morir por amor?! Amó Dios tanto al mundo! ¡ Aquí está nuestra fuerza! ¡ Aquí, Señores, en vuestra razon, en vuestros sentimientos, en el amor! La caridad que nosotros os predicamos, es amor. Se ama á Dios, como se ama á una criatura: el efecto no es el mismo bajo el aspecto de los sentidos; pero no existen dos amores. La diferencia consiste en que el uno es pequeño, y se aplica á objetos limitados, mientras que el otro es grande, y se aplica á un objeto sin límites; el uno se dilata en lo finito, el otro en lo infinito. Dilataos, decia S. Pablo á los Corintios. La razon católica al presentaros sus dogmas nada os presenta de nuevo ni de extraño; ella abre vuestras entrañas y las engrandece; abre vuestro entendimiento y lo engrandece: ella se hace hombre para divinizaros.

Oid á S. Pablo: *No hay ya judío, ni griego; no hay ya siervo, ni libre; no hay ya hombres, ni mujeres* (1). ¿ Dónde está la fuerza de esta frase, sino en el sentimiento de la fraternidad humana, pero de la fraternidad asentada sobre una nueva base, nuestra comunidad de sangre con Dios hecho hombre? Ved aquí lo que ha fundado sobre la tierra una política que no habia podido crear la razon humana. Vosotros habíais deshonrado al hombre con la desigualdad de la servidumbre; la razon católica, haciendo lo que no habíais podido hacer vosotros, ha elevado á la humanidad sin vosotros, y á pesar de vosotros, por una constitucion que ha sido el principio de todas las vuestras, y que es todavía su único y verdadero apoyo.

Oid mas: *Yo no miento*, decia S. Pablo, *deseaba yo ser separado de Cristo por el anatema en favor de mis hermanos, que son mis deudos segun la carne, que son los israelitas, de los cuales es*

(1) Epíst. á los Gálatas, cap. 3, vers. 28.

*la adopcion de los hijos, y la gloria, y la legislacion, y el culto, y las promesas; cuyos padres son los patriarcas, de quienes desciende tambien Cristo segun la carne* (1). Así S. Pablo queria ser separado de Jesucristo, despues de haber dicho en otro pasaje: ¿ Quién me separará del amor de Jesucristo? Ahora lo solicitaba: ¿ y por quién? Por su patria, por sus deudos segun la carne.

¡ Ah! os esforzais por convertirnos en parias de la humanidad, vosotros á quienes hemos dado todos los sentimientos que han formado la humanidad! Proseguid, no adelantaráis nada, no nos quitaréis ni la ciencia ni el amor, ni nada de lo que es el hombre. No se quita el genio á quien se quiere, no se quita la libertad á quien se quiere, no se quita la dignidad á quien se quiere, no se quita la patria á quien se quiere. Desterradnos si quereis, llevaremos en el destierro hasta las extremidades del mundo nuestro nombre y nuestro corazon de ciudadanos; allí os serviremos por nuestros sudores y nuestra sangre, y cuando un dia enviéis vuestros embajadores á esas tierras remotas, allí encontrarán páginas escritas por nosotros para nuestra historia, páginas que les servirán de introductores.

Queda la cuestion de la subordinacion. Señores, se nos dice que la razon humana tiene la supremacia, porque nosotros no podríamos asentar nuestra razon católica sin el socorro de la razon humana. Ante todo, se engañan: nosotros hemos establecido que al lado de la fuerza racional, y sobre ella, existia la fuerza mística suficiente para dar la certidumbre religiosa á la inmensa mayoría del género humano; mientras que la razon humana es incapaz de evadirse de la enfermedad de la duda, cuando no se encuentra asentada sobre la razon católica, que le sirve á la vez de sosten y de corona. Antes de reclamar la supremacia, antes de erigirse en rey, es forzoso tener súbditos. Yo busco los súbditos de la razon humana, los súbditos de la filosofía. ¿ Dónde se encuentran? ¿ Dónde están los súbditos de Platon, de Aristóteles, de Zenon, de Leibnitz, de Kant? ¡ Desgraciada filosofía! ella engendra discípulos que, apenas nacidos de su seno y habiendo recibido de ella las armas del espíritu, se vuelven contra sus maestros y constituyen nuevas escuelas sobre las ruinas de las escuelas de donde ellos han salido. Así les sucedió á los filósofos antiguos, así les sucede á los filósofos modernos. No teneis súbditos: ¿ cómo habeis de tener soberanía ni supremacia! Y todavía teneis una desgracia mayor que

(1) Epíst. á los Romanos, cap. 9, vers. 1 y sig.

la de no contar súbditos, y es la de no contar hijos. Oh filósofos, dominadores soberbios del espíritu humano, ¿dónde están vuestras ovejas, dónde están las almas que os aman con filial cariño? Yo soy jóven todavía, y sin embargo, ya he visto muchas almas en la mia, y han resbalado sobre mis mejillas muchas lágrimas del alma, y he estrechado á muchos amigos espirituales en mi seno de cristiano y de religioso. Jesucristo nos lo habia prometido, cuando dijo: *Todo el que abandonare su casa, sus hermanos ó sus hermanas, ó sus padres, ó sus hijos, ó sus tierras por mí y por el Evangelio, encontrará casas, y hermanos y hermanas, y madres é hijos* (1). Oh filósofos que proclamais la supremacía de la razon humana sobre la razon católica, ¿dónde están vuestros hijos? ¿Dónde están las lágrimas enjugadas, las confesiones oídas, las mejoras de existencia, los consuelos emanados de vosotros? ¡Ah! aun cuando tuvierais súbditos, no teneis hijos; y donde falta la paternidad, ¿cómo ha de haber soberanía? Donde falta la soberanía, ¿cómo ha de haber supremacía?

(1) S. Marcos, cap. 10, vers. 29 y 30.

## DISCURSO

### Sobre la vocacion de la nacion francesa (1).

Dios formó los pueblos y les dividió la tierra, y fundó en su seno una sociedad universal é indivisible; Dios hizo la Francia y fundó la Iglesia. De tal modo, que todos pertenecemos á dos ciudades, estamos sometidos á dos poderes, y tenemos dos patrias; la ciudad eterna y la ciudad terrestre, el poder espiritual y el poder temporal, la patria del linaje y la patria de la fe. Y estas dos patrias, aunque distintas, no son enemigas la una de la otra; muy lejos de esto: ellas se hermanan como el alma y el cuerpo se hermanan; están unidas como el alma y el cuerpo están unidos; y así como el alma ama al cuerpo, aunque el cuerpo se rebela muchas veces contra ella, así la patria de la eternidad ama á la patria del tiempo y cuida de su conservacion, aunque esta no corresponda constantemente á su amor. Mas puede suceder que la ciudad humana se consagre á la ciudad divina, que un pueblo se honre de una alianza particular con la Iglesia: en este caso el amor de la Iglesia y el amor de la patria parecen no tener mas que un mismo objeto; el primero ensalza y santifica al segundo, y de los dos se forma una especie de patriotismo sobrenatural, de que S. Pablo nos ha dado el ejemplo y la expresion en estas sublimes palabras de su Epístola á los Romanos: *Yo digo la verdad en Cristo, yo no miento, y mi conciencia es testigo en el Espiritu Santo; yo tengo en el corazon una gran tristeza y un dolor que no cesa, porque yo deseaba ser separado de Cristo por el anatema, en favor de mis hermanos, que son mis parientes por la carne, que son israelitas, de quienes es la adopcion de los hijos, y la gloria, y el testamento, y la legislacion, y el servicio, y las promesas; de quienes son los padres, y de quienes descende Cristo por la carne, Cristo, Dios bendito sobre todas las cosas, en*

(1) Este discurso se pronunció en la iglesia de Nuestra Señora de París, el dia 14 de febrero de 1841, por la inauguracion de la Orden de Predicadores en Francia.